

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 peseta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se cobra desde 1.º y 15 de cada mes.—No se devuelven los originales.
 Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cubro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorell, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartré.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador

Regeneración

Despertaba de un letargo profundo; pocas veces habíá logrado sueño tan reparador en el transcurso de mis años dedicados siempre a un trabajo intensivo y accidentado, mantenido por mi temperamento un tanto nervioso, siempre lleno de preocupaciones y experimentando, como consecuencia de mi carácter, frecuentes sinsabores: aquello era completamente nuevo en mí ser. Respiraba con amplitud, con satisfacción, como el que acaricia por mucho tiempo una idea y por fin alcanza el logro de sus insistentes anhelos.

La mañana era primaveral sonriente con brillante sol; en medio de un pueblo feliz, dichoso de su paz y de su cultura, perfectamente higienizado y ventilado, yo me encontraba en un verdadero milagro. ¿Era aquella expansión felicísima de mi espíritu, al abrir los ojos al fin de aquel prolongado sopor, un presentimiento de lo que después vió como transformación realizada en una sola noche, ó volaría a la vida en segura posesión de aquella fantástica realidad, de tan trascendental acontecimiento ya por mí conocido y experimentado en tiempos precedentes? ¡No podía asegurarlo!

Cartagena había entrado en las prácticas de la antigua Roma, pues romanos eran los que constituían aquel pueblo primitivo, pero altamente civilizado, cuyas costumbres y leyes fueron el fundamento de las civilizaciones modernas, que tanto se preocupaban de conducir cuantiosos caudales de agua al corazón de sus ciudades, y testigos son de ello las ruinas de sus maravillosas obras, de sus gigantesco acueductos con tal objeto erigidos por todas partes; las llanuras de Palmira, de Atenas, de Roma y de Cartagena, los alrededores de Nimes, de Segovia y Tarragona y tantas otras. Cartagena era una ciudad con aguas cristalinas, dulces, exquisitas, abundantísimas hasta el punto de ser este hecho notorio y reconocido no sólo en nuestra región sino en todas las Naciones de la península. Cartagena sentía ya la asombrosa idea de aquel gran escritor que decía: "que el grado de civilización de un pueblo debe juzgarse por su limpieza y que ésta era una virtud," como

la santidad en consecuencia debía constituir, y así se considera en las naciones más adelantadas un deshonor para el que la practica, ó tratándose de colectividades, para el que tiene el deber de evitarla y la torea. Todo el mundo disfrutaba en amplia medida y a su completa satisfacción de este elemento vivificador. Las calles y plazas estaban sembradas de fuentes públicas se regaban ó mejor dicho se lavaban y desinfectaban aquellas muy repetidas veces al día; y aun sobraba un importante caudal que se aplicaba a los paseos y jardines y al alcantarillado, cuyos lavados periódicos no necesitaban de depósitos acumuladores, bombas elevatorias, ni cuidados de la administración municipal, sino que se hacían automáticamente.

En consecuencia forzosa el Armajal era ya un intrincado y frondoso bosque; se había trazado una cintura de bulevares con palmeras en muchos puntos, pinos variados en otros, álamos en el resto, por la calle Real, si muelle, calle de Gisbert, Serreta, calle y plaza del Parque; la Plaza de España y la Alameda se hallaban rodeadas de jardines; el huerto de palmeras de Augusto, adquirido por el Ayuntamiento, se había completado con latánias y plátanos, y era un pequeño, pero muy pintoresco parque; el castillo de la Concepción había desaparecido formando en su emplazamiento una explanada con hermosas vistas al puerto a la ciudad y al campo; se habían derribado las miserables viviendas que en el monte citado existían quedando en pie solo el asilo y la iglesia vieja; y el espacio comprendido entre las distintas edificaciones de la Muralla, calle de Vergara y calle del Duque, había sido cubierta de paseos y jardines; en la Muralla del Mar se había abierto un espacio paseo con árboles, y pequeños maticos de arbutos y flores, en donde se disfrutaba de sol en invierno, de fresco en verano y de variado panorama todo el año; la entrada de la estación la formaba un pequeño parque y una sombría alameda que conducía a las puertas de San José; y en fin en todas las plazas, grandes ó pequeñas, se habían trazado artísticos jardines. Esto solo bastaba para dar a Cartagena un aspecto agradable y pintoresco tanto por mar como por tierra.

El cierto número de turistas que de la parte de Alicante, de Madrid ó de Granada venían a ésta para dirigirse a Argelia, ó que aquí desembarcaban

procedentes de este punto con dirección a Andalucía ó al centro de España, y que penetraban en la ciudad entristecidos siempre bajo la depresión moral que les comunicaba aquel aspecto tétrico, polvoriento y sucio de nuestro pueblo en épocas pasadas, contando los minutos para coger el primer tren, ó zarpas en el trasatlántico de Oran, jurando no volver a pisar tan ingrato suelo, hacían más larga estancia; los turistas transeúntes llegaron a ser permanentes invernantes; y Cartagena convertida en población saludable con variados paseos, con aguas finísimas su privilegio lo puerlo, y su clima incomparable que nos permite salir sin abrigos todo el año y sentarnos en la calle, lo mismo de día que de noche, era indiscutiblemente una agradable y renombrada estación de invierno, un verdadero Sanatorio.

El hotel de la plaza de San Sebastián había sido arrendado por la Compañía Internacional de Wagon Litz con grandísimo éxito; y en competencia habían acudido la de los hoteles Cecil y Metropol, comprando y construyendo grandes casas en la esquina de la Muralla, frente al Gobierno Militar, y en la manzana circundada por las calles de Vergara, Osuna y Plaza del Ayuntamiento.

Se había restablecido el exprés París-Barcelona, existía exprés diario para Madrid y por tales circunstancias, la afluencia de forasteros en invierno y aún en verano era extraordinaria y representaba un ingreso para el país de muchos millones. Los invernantes realizaban excursiones al campo y a la sierra minera; entre ellos abundaban los industriales adinerados del país ó extranjeros, que reconociendo la riqueza real de nuestro suelo y subsuelo y las ventajas de la vida entre nosotros, se fincaban y establecían industrias diversas. La población crecía y el Municipio aumentaba enormemente sus ingresos; el problema de nuestra regeneración estaba, pues, planteado y resuelto ¡el milagro lo había hecho el agua y solamente el agua!

Pero olvidaba un detalle interesante; en una de las plazas se había erigido una estatua al hombre que había tenido la falsa inspiración de conocer nuestro mal y de saber aplicarle tal remedio, pero no recuerdo ese nombre; lo que sí puedo asegurar es que no era hijo de Cartagena.

Y otra circunstancia también digna de recordar era que el ambiente estético creado por la abundancia de los

árboles y de las flores y el cultivo de las fuentes, la satisfacción sentida generalmente por las prácticas higiénicas de aseo é higiene, y el cultivo de los genes adinerados acostumbrados a la vida del gran mundo, á sus refinamientos, y buen gusto habían fomentado los sentimientos típicos de las gentes, y se hacían edificaciones bellas y proporcionadas por doquier, y se entretenían en muy buen aspecto las existentes; se había llegado a la estética no solo en el vestir y las costumbres; sino en último extremo hasta en las luchas políticas. Ya solo se luchaba por convertir en progresiva geométrica la progresión aritmética de nuestros adelantos hasta entonces obtenidos; en aumentar la atracción para el turismo, los grandes festivales seriamente proyectados, sports, etc., porque estos fueron siempre en otros puntos fuentes cuantiosas de ingresos para el comercio y el Erario municipal; y ya nadie desconocía que la riqueza se forma por muy diversos medios y que los unos sirven de base para la generación y desarrollo de los otros, todos entre sí encadenándose evidentemente. Se comprenderá que aquel menosprecio suscitando luchas de clases, a los gustos y aficiones de las clases acomodadas, era un proceder suicida; que los hijos de los grandes constituyen precisamente el pan de los que se llaman desheredados y su ruina la difusión del capital entre muchos pequeños; es decir, una tendencia natural a los principios igualitarios que concibió en los Karl Marx, los Saint-Simón sustentadores del Socialismo en sus diversas formas; que los atractivos para los capitalistas que trabajan, en sus días de asueto ó de vacaciones, podrán ser siembra fructífera, cuya cosecha se representaba por nuevas fábricas ó talleres en donde asegurasen su pan los obreros.

Pero todo era un sueño y como sueño habremos de desecar estas últimas consideraciones, verdadera fantasía sin realidad posible por fortuna, consideraciones que por su solo enunciado nos deprimen y rebajan. No, no es cierto que en Cartagena falten elementos que de continuo laboren eficazmente por su prosperidad; no es cierto que se consuman nuestras energías en luchas personales y estériles, puesto que si existen bandos en constante controversia luchan por ideales claramente definidos; el disputarse la gloria ó el honor de llevar a cabo la regeneración

del país; no es cierto tampoco que nuestra mal entendida hospitalidad nos conduzca a posponer a los hijos del pueblo y buena prueba es nuestra abnegación de renunciar a las ventajas de una representación en Cortes por un Cánovas, Sagasta, Castelar, Canalejas ó Maura, como hacen Alicante, Cádiz y otras poblaciones menos importantes dando preferencia, salvo los puestos que la presión de arriba y los compromisos políticos nos obligan a reservar a los cuneros, a los nuestros seguramente menos considerados y atendidos en altas esferas por ser menos conocidos ó por su inferior invalimiento.

Desechemos, sí, estos últimos absurdos conceptos ¿pero quién se atreverá a negar, a discutir siquiera la verosimilitud, la verdad que encierran los primeros, sugeridos en un sueño por el pleno convencimiento adquirido en la vida real, que no merece ser calificado de obcecado ó ignorante?

Apizaremos para un segundo artículo si nó la demostración de aquellos la necesidad imperiosa al menos de atacar preferentemente, urgentemente, radicalmente, este vitalísimo problema, la facilidad que existe para su inmediata resolución, aunque otra cosa se crea por la generalidad de nuestros conciudadanos.

RIDGLA.

Conferencia

Madrid 12-9 m.

Después de la sesión del Congreso conferenciaron Romanones y Azcárate acerca de lo ocurrido al no reservarse la palabra a Pablo Iglesias.

Romanones le dijo que hubiera accedido a la petición de Pablo Iglesias, pero luego le atribuye a él el Gobierno propósitos de dilatar la discusión de los presupuestos.

HORA SANTA

La Peña de los Etcéteras en donde figuraba como uno de sus fundadores el Marqués de Villalba de los Llanos, Ilustrísimo Sr. D. Miguel Zapata Hernández y la redacción de EL ECO DE CARTAGENA, han celebrado en la mañana de hoy la Hora Santa en la consagrada Iglesia de la Caridad en sufragio del alma del que en vida fué su querido consocio.

El templo estaba completamente lleno de fieles que allí fueron para elevar sus plegarias por el eterno descanso de tan inolvidable amigo y además de todos los componentes de la Peña de los Etcéteras y del personal de nuestra redacción vimos en la citada Iglesia a D. Angel Moreno, D. Luis Angosto, D. Fernando Villante, D. Miguel Cabanellas, D. Francisco Gónes Balanza, D. Manuel Dorda y Mesa, D. Antonio Martínez Muñoz, D. Antonio Basterrechea, D. Vicente Gisbert, D. Manuel Eguzquiza y otros muchos más que no recordamos.

El hermano político del finado D. José Maestre Pérez al terminarse el acto ha sido acompañado hasta su domicilio por todos los Etcéteras, que han reiterado la expresión del sentimiento por el óbito de tan inapreciable amigo.

Que las oraciones que hoy hemos elevado todas ante la imagen de nuestra excelsa patrona, sirvan para que el alma de nuestro inolvidable amigo goce de lo dicha eterna.

Triste destino!

La noticia cuenta de la reciente desgracia que cobró en la noche al pobre Francisco Sánchez Benavides, pasará seguramente desapercibida, y solo ha de merecer alguna frase de piedad de las almas buenas que la lean en la prensa local.

Pero si profundizamos un poco en la vida de este hombre, á buen seguro que ofrecerá honda reflexión su triste é inesperado fin.

Catorce años de condena, día tras día, sujeto á las durezas propias de una Prisión, que por buena y llevadera que sea siempre es dura, y cuando se vislumbra la hora feliz de la libertad; cuando llega el momento ansiado de su liberación; cuando casi se estrecha entre los brazos á seres queridísimos que tantos años se han visto privados de ese placer incomparable; cuando retorna al seno social disfrutando los privilegios y derechos de que la Ley le tenía proscrito; cuando se respira fuera de aquellos muros que confinan el aire enrareciéndolo... una imprevisión, un descuido, el inesperable designio de la Providencia siega con la guadaña de la muerte todas estas ilusiones, estos placeres, estas sinas alegrías, estas reivindicaciones, logradas y amasadas con lágrimas, esperadas tantos años durante

Encontróse en su poder una cantidad considerable de monedas falsas y papeles á nombre de Mausembre y Brieux. Ellos quisieron ocultar su verdadero estado civil á semejanza de su cómplice Catineau.

Por último, cartas de un tal Manduit, fechadas en París, establecieron tan claro como la luz que este último asociado, al menos en la emisión de la moneda falsa, pues aun no sabía dónde tenían montada la fabricación.

Fue encargado de buscar á Manduit en París, lo que no era muy sencillo, pues había desaparecido sucesivamente de diferentes domicilios, y no había tenido á bien dar las señas de su nueva habitación á ninguno de sus conocimientos.

Por último, después de muchas perquisitas, los agentes me llevaron el nombre de una persona que debía conservar con Manduit relaciones de estrecha amistad, y probablemente seguiría viéndole todacía.

Organicé inmediatamente un espionaje; la labor no era fácil. La persona de referencia, que estaba enterada de que la policía buscaba á su amigo, tomaba muy buenas precauciones, y varias veces perdimos su pista.

Por último una tarde un agente la siguió hasta

perder su sangre fría—si he sacado el revólver del bolsillo, ha sido para suicidarme.

Lo cierto era que en el momento que yo me inclinaba para examinar los moldes, el hombre había sacado bruscamente el arma y que Herbain, rápido como el relámpago, le cortó la acción arrebatándole el revólver.

Ni siquiera salió el tiro.

Preferí aceptar la versión del monedero falso, y consigné únicamente en mi atestado la tentativa de suicidio de Manduit.

En el proceso no se hizo mención más que de esto.

Ya he dicho que mientras estuve en la Seguridad tuve siempre buen cuidado de olvidar las amenazas ó las injurias de los acusados, considerando que era inhumano agravar la situación de los pobres diablos que casi siempre tenían en perspectiva un respetable número de años de cárcel ó de presidio.

Y después de todo, ¿por qué no había de ser verdad lo que Manduit decía?

El pobre hombre tenía razón más que sobrada para desear la muerte.

La consecuencia del proceso fué cinco años de reclusión que el jurado le impuso: si yo le hubiese acusado de tentativa de asesinato en mi perro-

de madera que comunicaba con el piso superior de la casa.

—¿M. Bersier?—pregunté yo

Era el falso nombre bajo el cual Manduit habitaba en aquella casa.

—Yo soy—contestó el interpelado.

—Y yo soy M. Gorón, jefe de la Seguridad; queda usted detenido.

No sé qué ahogado juramento dejó escapar aquel hombre al oír mis palabras.

Estaba yo intrigado por aquella horrilla, encendida tan de mañana, y en la que nada parecía mover. Abrí bruscamente la portezuela, quemándome ligeramente los dedos, y advertí dentro un cierto número de moldes destinados á la fabricación de moneda falsa.

Con la pasión del cazador que ha puesto la mano en una presa inesperada, examinaba gozosamente mi hallazgo; cuando de repente ruido de lucha y un grito ahogado me hicieron volver á pensar mío.

—Jefe—exclamó Herbain, del todo pálido y teniendo en la mano un revólver que ababa de arrancar á Manduit,—el caballo ha querido matarle á usted.

—No, señor—respondió el monedero falso sin